

Un nuevo comienzo

Los primeros meses del año tienen una gran carga afectiva la cual es indescriptible por medio de simples palabras. Algunos festejan estos meses con la alegría de un nuevo comienzo, nuevos propósitos, nuevas metas, muchos con una gran añoranza de prosperidad y gozo.

Al haber transcurrido un giro completo de la tierra alrededor del sol, todos queremos ser de igual manera renovados en nuestras vidas, queremos que este nuevo ciclo sea ese inicio que revitalice nuestras esperanzas ¿Dónde debemos poner tales esperanzas? ¿en quién debe radicalizarse todos esos deseos de renovación? Al peregrinar en nuestros días, nos vamos haciendo conscientes de que nuestra vida está en constante formación y por ello, en el transcurrir de solo instantes somos transformados en personas nuevas.

Muchas veces nos comportamos como el viejo Adán (Gn 3,5.10), quien tras haber probado el fruto prohibido se esconde tras su misma desnudez; es decir, tras tomar una decisión incorrecta y al observar su propia existencia quiere huir de su realidad y de esta manera el peso de lo que no se pudo lograr toma en nuestras vidas gran influjo. ¿qué hacer? Santa Teresa de Jesús nos da un pequeño viso para comprender esto.

La primera recomendación de la Santa es procurar caminar “de bien en mejor” (F 29,32), no poniendo nuestra mirada en lo que no pudimos obtener sino en asombrarse por la grandeza de lo que se va a lograr, pues nuestro principal objetivo es ir adelante en la virtud. De esta manera, nos hacemos conscientes de que todas las realidades que no nos forman ni nos transforman, se convierten en nuestra historia en inconformidades, las cuales molestan en nuestro interior.

Por otra parte, Teresa nos recomienda ver la grandeza de Dios quien actúa en nuestras vidas (V 7,22), es decir hacernos consciente contantemente que nuestra existencia está en sus manos, y que la fortaleza para caminar solo viene de su gran misericordia, la cual se revela en Jesucristo, quien confiado del Padre, logra ser libre de toda atadura y su caminar es un constante renacer: “yo hago todas las cosas nuevas” (Ap 21,5).

Ahora bien, nos podemos preguntar de nuevo ¿en qué consiste, entonces, ese nuevo comienzo? Ya Teresa nos lo indica muy sobriamente, reconocer que es necesario dar el primer paso, ¿quién lo da? La respuesta es inminente: uno mismo; mejor dicho, cada uno de nosotros debe manifestar que en verdad es imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26), un Dios que se dona gratuitamente. Por ello, nunca, por largo que sea el camino, es inútil un nuevo comienzo. En palabras de san Juan de la Cruz un “caer en la cuenta” (CB 1,1 prologo) de que aun es posible donarse por mucho tiempo que haya transcurrido, o muchas caídas y errores que se hayan cometidos.

Este caer en la cuenta, es descubrirse desde la misma realidad divina que somos; y, es en esa capacidad de entregarse en que se manifiesta nuestras relaciones y nuestros encuentros, arrancar de nuevo; es descubrir que tras las miserias de nuestra existencia está la grandeza de un Dios que se entrega; un alma totalmente libre que explota en la misericordia divina y descubre que su capacidad es la del mismo Dios, como lo dice San Juan de la Cruz (CB 38,5). Empezar de nuevo es encontrarse con la posibilidad y responsabilidad de estar abiertos para encontrarnos con Dios en el otro. Por ello, el nuevo comienzo no es solo el inicio de algo, una experiencia diferente o algo contrario a lo vivido; más bien, es una experiencia de renovación constante, una transformación hoy.

Entonces, al decir que hoy es un nuevo comienzo, estamos manifestando un nuevo encuentro consigo mismo cargado de emotividad por estar con los nuestros, y en el largo caminar, es hacer constantemente en nuestra vida, la plenitud de nuestra propia libertad. El nuevo comienzo no consiste en enumerar una lista de propósitos, algunos inalcanzables, sino una experiencia renovadora que nos introduce en el amor y de ahí salir al encuentro del otro.

Por tanto, el decir: “Un nuevo comienzo”, “un nuevo año”, no es una mera organización de actividades como muchos creen, sino un constante caminar configurándose con Cristo, el maestro que nos invita a caminar hacia la libertad. Es estar atentos a la advertencia de Teresa de Jesús: “no durmáis” (P 21) dejando atrás lastres que no nos permiten volar; y en aquella libertad, dedicarnos a “aventurar la vida”; es decir, hacer las obras del Padre, quien los hace todo nuevo siempre, aventurarnos hacia el horizonte en que, libres de las cadenas que oprimen nuestra existencia, podamos volar y reposar en el seno del Padre.